

LA PROTESTA

Año XIX

California 1955 — U. T. 317, Barracas

Buenos Aires, VIERNES 30 de Julio de 1915

PRECIO: 5 CENTAVOS

(Porta pago)

Núm. 2612

L. Tolstói

El servicio militar

Quieren hacernos esperar a que, las dificultades que surjan entre los gobiernos sean resueltas pacíficamente por los tribunales internacionales de arbitraje. Pero yo creo que los gobiernos no tienen ningún interés en que los conflictos se resuelvan pacíficamente: al contrario, son ellos los que buscan medios para suscitarnos, pues esto justifica el mantenimiento de los ejércitos que aseguran su dominación.

Los amigos esclarecidos de la paz buscan simplemente el apartar a la masa obrera del único medio que podría emanciparla de la esclavitud en que se la mantiene primeramente, inculcándole desde la infancia el sentimiento del patriotismo; después por medio de la religión, valiéndose de los sacerdotes, que para este efecto son mantenidos, y últimamente por la amenaza de los castigos.

Pero la mentira patriótica que nos hace creer que nuestra nación es superior a las otras naciones, ese sentimiento que nos arrastra a guerras inútiles y nefastas, es una mentira que resulta evidente hoy que las relaciones pacíficas de vida entre los pueblos resultan cada vez más fáciles.

Del mismo modo la gente se deja seducir cada vez menos por esa mentira religiosa que exige el juramento de fidelidad cuando el Evangelio, reconociendo por el gobierno como un libro santo, prohíbe el juramento.

Sólo el miedo a los castigos es lo que impide que la gran mayoría de las gentes se niegan a empuñar las armas. Pero este temor no es igualmente más que el resultado de la mentira, en la que el gobierno mantiene a la masa: un puro efecto de sugestión.

El gobierno teme más que a nadie a los que se niegan al servicio militar. Cada negativa atenta al prestigio del embustero que mantiene el gobierno a sus súbditos. En cambio, los rebeldes al servicio militar no tienen ninguna razón para temer al gobierno. Negándose a tomar las armas, se cortan menos peligro que empuñándolas. Frecuentemente, las penas en que se puede incurrir son la prisión o el confinamiento, y esto, en cierto modo, es una seguridad de librarse de los peligros de muerte del servicio militar.

Entrando en el ejército se corre el riesgo de hacer la guerra, de encontrarse en las condiciones más penosas de ser mutilado o muerto, alternativas que se diferencian muy poco de las que sufre un condenado a pena capital. Yo he sido testigo en Sebastopol, durante la guerra de Crimea, del envío de un regimiento a un bastión donde poco antes dos regimientos habían sido exterminados. Y este tercer regimiento permaneció en el sitio de peligro hasta que todo su efectivo cayó bajo las balas. Y aun en el caso feliz de no ser muertos los soldados en el campo de batalla, pueden caer enfermos y morir a causa de las malas condiciones de la vida militar.

Puede igualmente ocurrirles, que ante el ultraje que les infiera un superior no puedan contentarse y respondan con una protervia, medio seguro de atraerse un castigo mucho más grave que el que les hubiera valido su resistencia a servir.

En fin, lo mejor que puede sucederles es que, en vez de ser encarcelados o deportados como refractarios al servicio militar, vivan durante tres o cinco años en el medio pernicioso del cuartel preparándose para el asesinato; y allí no serán más libres que en la cárcel, y sufrirá la humillante sumisión de obedecer a hombres perversos.

Además, si una gran mayoría sigue el ejemplo saludable de negarse al servicio, los refractarios podrían contar con la seguridad de que esa rebeldía queda impune. El gobierno no encuentra personas para imponer el castigo a los que se resistiesen a su mentira. El número de las gentes que aún viven en cautividad, sería insuficiente para la represión de los que se negasen a participar de las violencias.

La sumisión al servicio militar es, pues, una especie de hipnotismo: el salto en el agua absolutamente inútil y peligroso de los borregos de Panurgo.

La ley es al pueblo, lo que los grillos al presidiario.

NUESTROS EDITORIALES

De nuestra Redacción en la Cárcel

Apología burguesa o los burgueses techan su casa

La marea echa al costado los residuos. Y caen sobre la costa, merclados con otra multitud de cosas, los leños vueltos fofos por el agua, que son tan insertivos que ni para hacer fuego se pueden utilizar. Es la obra de purificación del mar; lo liberado por las ondas libertado por resaca es; cuando cesó la vida que les permitía sostenerse, deambulaban en su seno, el mar arroja a montones conchas y caracoles... No se puede construir nada noble con resacas; no se puede ni alimentar una hoguera, si acaso es necesario hacer un fuego donde calentar o alumbrarse...

Periodistas y escritores burgueses, sin embargo, buscadores incansables de perlas o muestras burguesas en todas las cosas — aún las apañadas por los mares temerosos del socialismo o anarquismo — se apresuran a recoger como un precioso hallazgo los leños o resacas devueltos por estos mares, que son para ellos como el limo fecundante... Los realzan lo que es posible, pues les ofrecen la oportunidad espléndida de imponer contra el socialismo o anarquismo — cuyos mares temerosos desearan ver secados o gobernados sin fuerza ninguna en las rocas o acantilados que excitaban sus iras — sus credos de religión de cenáculo. Lo más precioso ha de parecerles lo parecido a ellos; esto es indudable. Y parados al borde del socialismo o anarquismo, éstos les devuelven lo parecido a ellos; pero lo devuelven como resaca, como un leño fofa, que si para abono de los burgueses sirve, no sirve para construir nada noble ni para alimentar una hoguera... Socialismo o anarquismo — según ellos — con esta devolución quedan descabezados; sólo pueden contener en adelante las inflexibles bajas aspiraciones y el cesarismo inquebrantable de las masas en su deseo de justicia y libertad para ellas: precisamente

lo más malo, lo que hace dichos mares temerosos y completamente ajenos a la religión del cenáculo...

Queda mucho que decir respecto de la liberación de los rectificados. O no son ya o no han sido nunca; por eso es una liberación... Mientras el caracol o la concha tiene la vida marina, no siente opresión, sino placer en estar en el seno del mar; recién cuando esta vida cesa son arrojados como detritus y su devolución puede ser considerada una liberación. Lo que hay de verdad es que con cada rectificado los burgueses techan su casa. «Ahí va eso», dicen los socialistas por Palacios, puesta la mano en la palanca de la catapulta; ahí va ese fardo: es un burgués más que los otros y que se bate en duelo como un Fierabrás... «¡Venga!», dice Lugones; ¡techaré con mucha habilidad mi casa, pues a la verdad soy cordobés y no puedo resistir otro tiempo más esta intemperie...! Y no hay más que eso.

«Te esperaríamos, hermano; tu eras uno de los nuestros y has probado que en ese fanatismo no es posible disfrutar de libertad. ¿Yes? Techo mi casa, pero ven: aquí serás lo que quieras, te borraré cuanto quieras; no tendrás censuras y no sufrirás tiranía. Todos nosotros somos así y vivimos una alta vida ficticia, superada en extremo... Tu venida es nuestra fiesta; no te podíamos ver ausiando ideales de esa canalla, que también quería prohibir el duelo, desconociendo que tú eras caballero y tu moral es la de los burgueses... Cuando el burgués ayude, ¿qué es sino que el burgués gana? Socialismo o anarquismo, empuñados en hacerle perder, cuanto más piedras o adonjuanes le tiran tirar, más seguros deben estar de permanecer y ser realmente lo que deban ser.

T. Aníllil

Crónicas Internacionales

De todas partes

Verdades de Italia

No puede ser de otro modo!

La semilla que sembramos forzosamente ha tenido que ser fecunda. Y ya vemos los frutos, frutos de una cosecha buena y de gran valor para los anarquistas.

A pesar de que el telégrafo rampante, vendido, nos quiere hacer creer que en Italia ninguno se opuso a la movilización de los ejércitos, recientemente el correo nos trae la noticia que nuestros hermanos, los anarquistas de Italia, han sabido defender su Ideal. Desmentido del todo la versión anti-anarquista.

Según nos informa el «Arbaiter Friend» de Londres, los anarquistas italianos, especialmente en las provincias de Milán y Nápoles, habían resuelto declarar la huelga revolucionaria en cuanto se declarara la guerra.

Así han hecho.

La misma noche de haberse declarado la guerra, todo el pueblo estaba en pie contra la guerra. Han recorrido las calles más centrales vocando contra el gobierno y contra todos los asesinos. Al pasar por las municipalidades las apedrearon. Las mujeres y los niños llevaban cartelones diciendo que los austriacos y alemanes «no son sus enemigos»; sus únicos enemigos son los que los explotan.

En menos de media hora y antes de que se acercaran las tropas, las barricadas fueron levantadas y todo el pueblo estaba en la calle dispuesto a morir asesinado por los sayones italianos antes que por los pretendidos «enemigos» contra quienes nada tenían.

Las tropas han llegado, y la primera víctima cayó: Un hermano nuestro asesinado.

Y su sangre derramada encolorizó más al pueblo. La sangre de Abel pide venganza y están dispuestos a tomarla. Nuestros más valientes camaradas han sido arrestados inmediatamente. Son más de cien. ¡Quizás ya han sido fusilados!

Los periódicos anarquistas «asitados», jencendados. No se permite nada contra la guerra.

¡No! Nadie debe creer que en Italia ninguno se opusió a la guerra. Para poder pronunciar esta frase, primero habría que asesinar hasta el último de los anarquistas. Pero la raíz de las ideas no se extirpa, sus raigambres son muy hondas en el alma popular.

Pedro Kropotkin

Recibimos de Londres la noticia que este viejo camarada ya está restablecido de la enfermedad de que adolecía. De las dos operaciones que sufrió está curado.

Como hemos anunciado en estas mismas columnas, ya ha terminado su obra «Ética», que ha tenido que interrumpir cuando decayó.

L'Unità Popolare

La censura en Italia se ceba en las publicaciones que se animan a seguir apareciendo «degalmente», bajo el actual estado «guerrafundado». La revista de Molinari es víctima de estas tropelías continuamente. Y eso que se trata de una publicación puramente científica y divulgadora. Creemos que en estos casos, es un error persistir. Hay mil formas de perdurar con más éxito que este adoptado por los compañeros de los países en guerra. Nuestra prensa no debe atarse a la ley nunca. Si la amordazan debe hacerse clandestina, de manifesti folletto. Tranzar, no... Pues aunque transe, ya se ve, sólo por seguir anarquista, caerá bajo el atropello, como cae la Luis Molinari.

Lo que se lleva la guerra

Un boletín de información que se publica en Nueva York, comunica que en Londres han sido allanadas un gran número de imprentas bajo acusación de imprimir clandestinamente panfletos que enseñan al pueblo inglés lo que está costando la guerra en hombres y en millones. Dicese en ellos que la campaña de los Dardanelos lleva producida una erogación de más de setenta y cinco millones de pesos oro, en concepto de buques hundidos y municiones gastadas.

Agreden que el nuevo plan de operaciones con su enorme movilización de tropas, costará, por lo menos, doscientos cincuenta millones de pesos oro sin que produzca compensaciones correlativas.

La campaña de Egipto cuesta ya treinta millones sin que los ejércitos expedicionarios hayan logrado pasar del canal de Suez. La empresa colonial no les va en zaga a las anteriores, costando ya cien millones de pesos oro sin otros resultados que la conquista de una faja de terreno arenoso al sudeste de África.

En cuanto a la guerra en el continente europeo, avances de poco más de una milla como el de Neuve Chapelle, han ocasionado alrededor de 12.000 muertos. Esto, escuetamente expuesto, es lo que en realidad acarrea la guerra, que el go-

bierno no quiere ocultar, pero que el buen sentido de unos cuantos conscientes, clandestinamente, lo ha hecho público. Les han allanado las imprentas ahora, pero ya se ha corrido la voz con la rapidez de una ráfaga; todos los que habitan en esas islas de la Breaña, saben que muchos amigos han muerto en el campo de batalla; que mientras ellos no tienen pan, el gobierno hace danzar millones... y esa noticia que alguno glosará en el taller o en las calles suburbanas, llegará hecha protesta a los soldaditos esos que están cuerpeándole a las granadas. Ellos, que tanta fiera tienen según la voz corriente, se harán eco de ella y en un arranque de alívio horribra, cantando esa misma canción de ensueño que ahora entonan, se levantarán en armas por un nuevo «Tipperry»: La Anarquía...

ACTUALIDAD

Los caballeros...

Seguro: es más fácil que lo maten a uno en un rapto de ira, en la calle, que en el campo del honor», en frío. La violencia no es un estado latente en los individuos; salvo que sean criminales natos, originarios. Un puñetazo o un tiro, se va, se vuela, y se lo pesca cualquiera infeliz. Lo devuelve o no, según. De todos modos corre más riesgo el que se aboque a estos trances de lotería, que el que se ampare en un «código de caballeros» para morir o matar.

Es una invención para cobardones esta de «batir», entonces. O para asesinos natos, originarios. Y esto en el caso, improbable, desmentido por mil veces, de que se tirara a darse los duelistas. Pero no se tiran a eso; ni por descuido. Son, pues, no sólo cobardes; también farsantes, los «caballeros»...

La trompeadura al cronista de «La Razón», lo mereció un bello al diputado Oyhancarte. Pero allí mismo, ensuciado, antes que se le enfriara el pulso a ese infeliz. Mas, no señor; es un «caballero» el hombre. Y aporreado, y con las narices rotas, y escupido de desprecios, pide aún ir al campo del honor...

Para limpiarse, tal vez?... No y no! Para seguir «caballeros». Flojo y farsante...

Patriotismo socialista

El socialismo argentino se defiende, ahora. Y se defiende en aquello que los hombres de ideales ponen en último término, cuando no lo olvidan completamente: en su representación tangible, concreta, de carne y hueso. Se defiende en el cuero de la cabeza, en los lomos, de sus diputados.

Son patriotas, se han proclamado nacionalistas de primera agua, el micrófono. Más, habrá que descartar, por desgracia, el sofisma que alegaron para llegar a esa «cumbre». Saltemos, pues, sobre esta manifestación del doctor Justo: «las manos que en nuestro escudo se estrechan, el gorro frigio, las palabras «libertad e igualdad», y los acordes del himno y los colores azul y blanco, son los símbolos más simpáticos que en orden existen en todo el mundo. Ay, sí; saltemos sobre esto porque es imbecil farsante y sinvergüenza. Vamos al sentido real. a los motivos, a la razón que le levantó la lengua como un

brazo amparador de la cabeza y del lomo.

Es el miedo! No están ya más para clavo, los socialistas. Ni para bastonaduras. El banquero al «hombre de más honor del país», les ha producido un frío de muerte. Se les ha metido al alma, como púa, el retoricismo agresivo de Lugones, de Rojas y Gerchunoff. Se lo han creído todo; ay! mamá! Y por defenderse, se harán, no sólo patriotas; poetas también.

El miedo... Cuando el argumento falla, no basta como una ducha de fuego o de agua al adversario, hasta dejarlo sopado de luz o sombra, es que ha llegado el momento de «proceder». Y esta táctica no la inventaron, seguro, los pitagóricos argentinos para los socialistas ídem. Es conatural al hombre. Se usa hasta con las criaturas. Por eso el tipo de ideales, peleador de una doctrina, rempuja al último término, hasta olvidarlo completamente, al «número uno».

No son de estos, no, se ve, los socialistas. Son patriotas de primera, ahorradores. Poetas también. Los símbolos argentinos son los más simpáticos que hay en el mundo, sí, señores diputados. Pero, no pegen. Ay! mamá!

D'Annunzio, vuelata...

D'Annunzio ha volado sobre la ciudad de Trieste, dicen los diarios. Y arrojó bombas, también, el imaginífico. He ahí, patente y fulgente, una de esas alboradas que anunció que nacerían sobre Italia. Cálidas del cielo, de sus manos de creador, habrán parecido estrellas las dinamitas. ¡Aurora! ¡Aurora!

Subido en un aeroplano, que pilotaba un teniente de voladores, el Poeta dirigía, dicen, la emisión de los petardos. Lo que no dicen es el estrago que hicieron. Pero hay que creer que fue horrible. Para cantado o pintado por un cantor o un pintor de los de Marinetti, futurista. Oh, la cólera de dios...

Y lo vemos con su cuerpo de andrógino, divinamente mojado, lacio, como pera de agua. Y la emoción resonándole en la médula cispratas meliosas, de ajra o de hembra. Lo vemos de pie, más luego, glorioso, con la punta de los dedos carbonizados, como un fuerte dios-poeta grabando versos. Lo vemos... ¡Aurora! ¡Aurora!

D'Annunzio, vuelata... Mejor sería que destruyera. Que se metiera de pecho en las batallas, de cara a las bayonetas. Allí arriba no hay peligro, pues. Como no sea el de empaparse de azul divino o de detritarse de gusto, como hembra.

Rastree, poeta hembraita!

El pan... El mañana

Luchar por la libertad, el amor y la justicia; emancipar al hombre de los prejuicios de la ley y la moral; hacer que a este régimen de desigualdades sociales le suceda otro en que el pan de mañana no sea la constante preocupación del hombre, es luchar por dignificar y embellecer la vida, haciendo que con el triunfo del bien y la justicia ella responda al grado de su perfección alcanzado por el hombre.

Ese mañana, problemático que a veces resuelve en tragedia nuestra existencia; ese pan ganado a costas de sabores y sacrificios, cuando no, sufridos vejámenes y humillaciones miles; esa inseguridad de nuestra propia vida, consecuencia lógica del sistema económico que nos rige, es la causante directa

de todos nuestros males, del embrutecimiento de todos nuestros sentidos, de esa vida semi-animal que nos obliga a llevar el régimen.

Con ansias febriles, con una fiebre loca, el hombre, el proletario o capitalista, artista o sabio sólo procura poner a salvo el mañana; es mañana que se ha convertido en la obsesión suicida de los hombres de este siglo; ese mañana que nos lleva a la mentira y a la mistificación, a la prostitución y al crimen. El proletario con resignación y mansuetudine tolera y sufre la explotación y el vejamen del capitalista, que le explota, para conservar el trabajo y poder percibir el mísero jornal que le asignan, y con el, precariamente atienden sus necesidades primas

4